EL OFERTORIO DE LA SANTA MISA[1]

Una vez acabada la liturgia de la Palabra entramos en la liturgia Eucarística. Como sabemos bien, ambas –liturgia de la Palabra y de la Eucaristía–"están estrechamente unidas entre sí y forman un único acto de culto". De ahí que la presentación de las ofrendas, primer gesto que el sacerdote, representando a Cristo Señor, realiza en la Liturgia eucarística, no es sólo como un "intervalo" entre ésta y la liturgia de la Palabra, sino que constituye un punto de unión entre estas dos partes interrelacionadas para formar, sin confundirse, un único rito. De hecho, la Palabra de Dios, que la Iglesia lee y proclama en la liturgia, lleva a la Eucaristía.

La liturgia de la Palabra es un verdadero discurso que espera y exige una respuesta. Posee un carácter de proclamación y de diálogo: Dios que habla a su pueblo y éste que responde y hace suya esta palabra divina por medio del silencio, del canto; se adhiere a ella profesando su fe en la professio fidei, y lleno de confianza acude con sus peticiones al Señor. Como consecuencia, el dirigirse recíproco del que proclama hacia el que escucha y viceversa, implica que sea razonable que se sitúen uno frente al otro.

Sin embargo, cuando el sacerdote deja el ambón o la sede, para situarse en el altar –centro de toda la liturgia eucarística– nos preparamos de un modo más inmediato para la oración común que sacerdote y pueblo dirigen al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo. En esta parte de la celebración, el sacerdote únicamente habla al pueblo desde el altar, pues la acción sacrificial que tiene lugar en la liturgia eucarística no se dirige principalmente a la comunidad. Sacerdote y pueblo ciertamente no rezan el uno hacia el otro, sino hacia el único Señor.

El ofertorio o presentación de los dones, prepara el sacrificio. En sus inicios se trataba de una simple preparación exterior del centro y cumbre de toda la celebración que es la Plegaria eucarística.

---

[1] Oficina para las Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice (http://www.vatican.va/news_services/liturgy/details/ns_lit_doc_20100216_sac-offertorio_sp.html)

En realidad, muy pronto se entendió este gesto material de un modo mucho más profundo. Esta preparación no se concebirá únicamente como una acción exterior necesaria, sino como un proceso esencialmente interior. Por eso se relacionó con el gesto del cabeza de familia judío que eleva el pan hacia Dios para de nuevo recibirlo de Él, renovado. En un segundo momento, entendido de un modo más profundo, este gesto se asocia con la preparación que Israel hace de sí mismo para presentarse ante su Señor. De este modo, el gesto externo de preparar los dones se comprenderá, cada vez más, como un prepararse interiormente ante la cercanía del Señor que busca a los cristianos en sus ofrendas. En realidad "se hace patente que el verdadero don del sacrificio conforme a la Palabra somos nosotros, o hemos de llegar a serlo, con la participación en el acto con el que Jesucristo se ofrece a sí mismo al Padre".

Esta profundización en el significado del gesto de presentación de los dones resulta una consecuencia lógica de la misma forma externa que presenta la Santa Misa. Su elemento primordial, ~~el novum radical~~ que Jesús inserta en la cena sacrificial judía, es precisamente la "Eucaristía", es decir, el hecho de que sea una oración memorial de acción de gracias. Esta oración –la solemne plegaria eucarística- es algo más que una serie de palabras, es acto divina que se lleva a cabo a través del discurso humano. Por medio de ella los elementos de la tierra son trans-substanciados, arrancados, por así decirlo, de su enraizamiento creatural, asumidos en el fundamento más profundo de su ser y transformados en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Nosotros mismos, participando de esta acción, somos transformados y nos convertimos en el verdadero Cuerpo de Cristo.

Se entiende así que "el memorial de su total entrega no consiste en la repetición de la Última Cena, sino propiamente en la Eucaristía, es decir, en la novedad radical del culto cristiano. Jesús nos ha encomendado así la tarea de participar en su hora. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. Él nos atrae hacia sí".

Es Dios mismo quien actúa en la plegaria eucarística y nosotros nos sentimos atraídos hacia esta acción de Dios. En este camino que se inicia con la presentación de los dones, el sacerdote ejerce una función de mediación, como sucede en el canon o en el momento de la comunión. Si bien con la actual procesión de las ofrendas el papel de los

fieles resulta destacado, permanece siempre la mediación sacerdotal pues el sacerdote recibe las ofertas y las dispone sobre el altar.

En esta vía hacia la oración, que conlleva el ofrecimiento personal, las acciones externas resultan secundarias. Ante la oración el hacer humano pasa a un segundo plano. Lo esencial es la acción de Dios, que a través de la plegaria eucarística quiere transformar a nosotros mismos y el mundo. Por este motivo, es lógico que a la plegaria eucarística nos acerquemos en silencio y rezando. Y resulta obligado que el proceso exterior de la presentación de los dones se corresponda con un proceso interior: "la preparación de nosotros mismos; nos ponemos en camino, nos presentamos al Señor: le pedimos que nos prepare para la transformación. El silencio común es, por tanto, oración común, incluso acción común; es ponerse en camino desde el lugar de nuestra vida cotidiana hacia el Señor, para hacernos contemporáneos de Él".

Así pues, el momento de la *oblatio donorum* (presentación de dones), "gesto humilde y sencillo, tiene un sentido muy grande: en el pan y el vino que llevamos al altar toda la creación es asumida por Cristo Redentor para ser transformada y presentada al Padre". Es lo que podríamos denominar el carácter cósmico y universal de la celebración eucarística. El ofertorio prepara la celebración y nos inserta en el "*mysterium fidei* (misterio de la fe) que se realiza en la Eucaristía: el mundo nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo".

No es otro el sentido del gesto de elevación de los dones y de las oraciones que acompañan al gesto de presentación de los dones del pan y del vino. "Bendito seas Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos, él será para nosotros pan de vida". Su contenido enlaza con las oraciones que los judíos recitaban en la mesa. Oraciones que en su forma de bendición, tienen como punto de referencia la Pascua de Israel, son pensadas, declamadas y vividas pensando en aquélla. Esto supone que han sido elegidas como una anticipación silenciosa del misterio pascual de Jesucristo. Por eso, la preparación y la realidad definitiva del sacrificio de Cristo se compenetran en estas palabras.

Por otra parte, "llevamos también al altar todo el sufrimiento y el dolor del mundo, conscientes de que todo es precioso a los ojos de Dios". En realidad, "el celebrante, en

cuanto ministro del sacrificio, es el auténtico sacerdote, que lleva a cabo –en virtud del poder específico de la sagrada ordenación– el verdadero acto sacrificial que lleva de nuevo a los seres a Dios. En cambio los que participan en la Eucaristía, sin sacrificar como Él, ofrecen con Él, en virtud del sacerdocio común, sus propios sacrificios espirituales, representados por el pan y el vino, desde el momento de su preparación en el altar".

El pan y el vino se convierten, en cierto sentido, en símbolo de todo lo que lleva la asamblea eucarística, por sí misma, en ofrenda a Dios y que ofrece en espíritu. Esta es la fuerza y significado espiritual de la presentación de los dones. Y en esta línea se comprende la incensación de esos mismos dones colocados sobre el altar, de la cruz y del altar mismo, que significa la oblación de la Iglesia y su oración que suben como incienso hasta la presencia de Dios.

El sacerdote concluye la presentación de los dones, dirigiéndose a los fieles pidiéndoles que recen para que: este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios, Padre todopoderoso. "Tales palabras tienen un valor de compromiso en cuanto expresan el carácter de toda la liturgia eucarística y la plenitud de su contenido tanto divino como eclesial". Y lo mismo podría decirse de la respuesta de los fieles: el Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia. Así pues resulta lógico que "la conciencia del acto de presentar las ofrendas, debería ser mantenida durante toda la Misa", pues los fieles deben aprender a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada, no sólo por manos del sacerdote sino también juntamente con él.